

ACTO 1: EL PRÍNCIPE Y EL PAYASO

Capítulo 1: Preludio

Los últimos rayos del sol desaparecían tras edificios rojizos que coronaban el cielo sobre el anillo del Orgullo. Blitzo tamborileó con el pie sobre los elegantes escalones de mármol que presidían la entrada al palacio.

Su padre llegaba tarde. Otra vez.

Eso no le preocupaba demasiado, estaba acostumbrado a encontrarse más bien abajo en la lista de prioridades de Cash Buckzo; justo después de limpiar la mierda de caballo de los establos.

Suspiró, resignado, y apoyó la barbilla en la palma de la mano. Su padre le había dicho que tenía que pasar la tarde con uno de los príncipes Goetia, pero no concretó cuánto *exactamente tenía que quedarse allí*. Blitzo preguntó cuándo podría volver a casa justo cuando su padre estaba recogiendo el pago del mayordomo.

"Cierra la boca y haz lo que te digo. Entretén al niño y llévate todo lo que puedas" gruñó Cash entre dientes, clavándole dolorosamente las garras en la muñeca. Blitzo sabía que no debía discutir con su padre cuando había dinero de por medio. Se zafó de un tirón, temblando de rabia contenida.

Cuando su padre se marchó, el mayordomo se limitó a guiarle hasta los aposentos del joven príncipe. Había pasado las últimas cinco horas correteando por los pasillos del enorme palacio que se alzaba a sus espaldas, robando todo lo que encontraba de valor mientras el polluelo Goetia intentaba seguirle el ritmo.

No había estado tan mal, pensó Blitzo. El príncipe era una dulce bolita de plumas que se sonrojaba con facilidad y hacía todo lo que él le decía. *Stolas*, recordó Blitzo. Sus mejillas se habían encendido cuando el imp le estrechó la mano, tartamudeando al presentarse. A Blitzo le había parecido un bicho raro, sobre todo al principio, y no pudo evitar aburrirse con su incesante charla sobre plantas y libros. Pero en cuanto Blitzo propuso jugar a la búsqueda del tesoro, el príncipe se había mostrado muy entusiasmado por participar. Blitzo tenía que admitir que había sido divertido. No se podía comparar con las tardes jugando con Barbie y Fizz, o con el tiempo que pasaba con los caballos infernales después de que cerrara el circo, pero no había estado nada mal. Sobre todo cuando el criado les trajo una bandeja llena de fruta y galletas de chocolate, y Blitzo se había atiborrado hasta reventar. Hacía mucho tiempo que no comía tan bien. Stolas le ofreció llevarse algunas a casa, y ordenó que le prepararan una caja con una selección de dulces. Blitzo estaba impaciente por enseñárselos a su madre y a su hermana.

Y hablando de volver a casa, su padre no aparecía por ninguna parte. Se levantó de las escaleras y miró por la puerta principa de nuevól. Todavía nada.

De repente, oyó unos pasos apresurados detrás de él y una voz suave que lo llamaba.

"¡Blitzo! Espera!" resopló Stolas. Corría escaleras abajo tan rápido como le permitían sus larguiruchas piernas. Blitzo se dio la vuelta. ¿Qué hacía allí? Ya se habían despedido. Se suponía que el mochuelo estaba disfrutando de su elegante cena en su lujoso dormitorio, a menos que... A Blitzo le dio un vuelco el corazón y se movió nervioso.

Tal vez... ¿Stolas había descubierto que le faltaban cosas de valor? Blitzo había procurado coger lo menos posible de la habitación del príncipe. Se le aceleró el pulso. *Mejor ver lo que quiere antes de hacer algo estúpido*.

"¿Sí?" Blitzo entornó los ojos confundido. El joven príncipe levantó una mano, intentando recuperar el aliento. Stolas resopló tan profundamente que el imp pensó que estaba a punto de desmayarse. Al cabo de unos instantes, Stolas extendió su pequeña garra. En ella agarraba un caballo de peluche que le resultaba familiar.

"Lo... olvidaste...", jadeó.

Blitzo observó esa mano durante un minuto, sin comprender del todo lo que estaba ocurriendo.

Llevaban un rato jugando con sus juguetes, Stolas le había enseñado la pequeña montaña de baratijas y peluches de su cuarto de juegos, que era más grande que la carpa familiar de Blitzo en el circo. Blitzo le mostró tímidamente su caballo de peluche favorito, Staple. Siempre lo llevaba consigo. Era un trozo de trapo desgastado y unido torpemente con una vaga forma de caballo, pero lo había hecho él mismo. Le explicó a Stolas cómo había cosido las piezas con la ayuda de su madre.

"¡Pero eso es increíble, Blitzo!" exclamó Stolas. Blitzo sintió que se le calentaba la cara, una mezcla de timidez y orgullo enrojeciendo sus mejillas.

"Bueno, no es para tanto. Los puntos son desiguales y el relleno hace bultos por todos lados. Además, mi madre tuvo que ayudarme a montarlo, así que...", murmuró.

"Pero lo hiciste con tus propias manos, y eso lo hace único" le dijo Stolas con dulzura

"Puede que tenga muchos juguetes, pero ninguno es tan especial como éste. Deberías estar orgulloso" le dijo sonriéndole.

A Blitzo le había dado un vuelco el corazón y, si alguien se lo preguntara, no sabría explicar por qué. Pero cuando Stolas le pidió permiso para jugar con Staple, por primera vez en su vida, el imp permitió que lo cogiera otra persona aparte de él. Ni siquiera Fizz había conseguido convencerlo para jugar con él.

Después se pusieron a jugar por el palacio y Blitzo olvidó que había dejado el juguete en la habitación de Stolas.

Extendió la mano para recuperarlo, pero se lo pensó mejor.

"Quédatelo", las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pararse a pensarlas. Stolas abrió los ojos, sorprendido.

"¡Oh, no, pero no podría! Es tuyo", intentó devolvérselo, pero el imp se lo impidió.

"No, tómalo como un regalo de cumpleaños. No te he regalado nada, así que... puedes quedártelo", sonrió Blitzo, metiéndose las manos en los bolsillos y balanceándose sobre las puntas de los pies. "Además, te ha gustado y puedo hacer otro. Así podría practicar más", sonrió.

Stolas le miró y luego volvió a mirar el peluche que tenía en la mano. Y de repente abrazó el juguete con fuerza contra su pecho. Aunque Blitzo adoraba a Staple, solo por ver la expresión de la cara de Stolas, valía la pena el sacrificio. Radiante de felicidad, el búho extendió suavemente las manos y ululó.

"Gracias, muchas gracias" susurró. "Será mi tesoro *para siempre*".

Sus ojos rojos se volvieron llorosos cuando levantó la cabeza para mirar a Blitzo.

"Woah, hey, ¿estás llorando? ¿En serio?" Blitzo se quedó un poco sorprendido.

"¡Oh!, no te preocupes que es un llanto feliz, jeje" resopló, secándose las lágrimas de los ojos. "Este ha sido el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca".

El imp le miró con los ojos muy abiertos.

A Blitzo le costaba creer que un príncipe del infierno considerara un peluche andrajoso y de segunda mano el mejor regalo de su vida. No sabía si sentirse incómodo, escéptico o halagado. Tampoco tuvo tiempo de analizarlo mucho más, porque de repente el mochuelo le agarró las manos con un ulular excitado.

"¡Quiero darte algo a cambio! Déjame volver a mi habitación y darte uno de mis juguetes" dijo apretándole las manos. Blitzo parpadeó un par de veces, sorprendido.

La idea de aprovechar la oportunidad para llevarse algo de valor cruzó la mente de Blitzo, pero un sentimiento de culpa se agitó en su estómago casi al instante. Era hijo de su padre, pero no quería caer tan bajo como él.

Sacudió la cabeza y le dio unas palmaditas a las manos del búho antes de soltarlas.

"No hace falta, ya me diste los pasteles. Además, ya estoy un poco mayor para juguetes" Blitzo no dijo que su padre probablemente lo vendería en cuanto lo viera.

La expresión de Stolas se apagó un tanto. Pero de repente, al cabo de unos segundos, sus ojos se abrieron. Entonces, sin previo aviso, levantó la mano y simplemente se arrancó una pluma de la cabeza, emitiendo un graznido de dolor.

"¡Toma!" dijo Stolas, ofreciéndoselo, una amplia sonrisa iluminando su rostro como si acabara de tener la idea más brillante de su vida. "¡Quiero que te quedes con esto, para que me recuerdes!".

Cuando Blitzo lo cogió, sus manos se rozaron ligeramente, y las plumas de Stolas se inflaron un poco, espolvoreando de rosa sus mejillas. Blitzo no pareció darse cuenta. Giró la pluma entre sus dedos; era de un hermoso color azulado que emitía matices púrpuras cuando el imp la giraba a la luz.

"Gracias", dijo Blitzo, un poco conmovido. Se lo metió en el bolsillo.

"Así, pase lo que pase sabes que tienes un amigo en mí" dijo Stolas con una dulce sonrisa. Blitzo le miró sorprendido.

"Pase lo que pase, ¿eh?", sonrió.

"¿Qué? ¿He dicho algo malo?" preguntó Stolas, ladeando la cabeza confundido.

"Nah nah, es que..." una media sonrisa se dibujó en la boca de Blitzo, suavizando sus facciones. El rostro de su madre apareció de repente en su mente, con unos cálidos brazos rodeándole.

Pase lo que pase, mi amor. Siempre estaré contigo.

Sacudió la cabeza y miró al mochuelo con una amplia sonrisa. "Es algo que también dice mi madre".

Un repentino bocinazo los sobresaltó a ambos, haciéndolos saltar de sorpresa. La vieja furgoneta de Cash se detuvo chirriando al doblar la esquina de la calle.

"¡Vamos chico! ¡¿Qué haces ahí?! Mueve el culo y entra en el coche!" Gritó el padre de Blitzo.

"Bueno, esa es mi señal para irme, supongo" dijo mirando a Cash, que seguía tocando la bocina como un loco. Blitzo suspiró y volvió la cabeza para mirar al búho con una sonrisa de disculpa.

"Oh, bueno, yo... supongo que esto es una despedida" dijo Stolas con voz triste.

Blitzo abrió la boca para decir algo. Desearía poder invitarlo a su casa, pero no creía que una carpa de circo fuera un lugar suficientemente bueno para un príncipe. Además, el circo se movía por todas las pistas del infierno, no es como si fueran a ser amigos, ¿verdad? Aun así, el búho tenía una expresión tan triste que Blitzo sintió que se le hundía el corazón. No quería irse cuando Stolas tenía ese aspecto.

"Volveremos a vernos", dijo finalmente Blitzo.

Stolas levantó la cabeza y sus grandes ojos centellearon.

"¿De verdad?", dijo el príncipe, esperanzado. Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

Blitzo esbozó una amplia sonrisa.

"¡Claro! Nos volveremos a ver, ya lo verás. Además, tendré que ir a ver a Staple en algún momento, así que asegúrate de cuidarlo bien por mí".

Mirando del caballo a Blitzo, con ojos brillantes y agradecidos, Stolas dejó escapar una bocanada de aire. Asintió, apretando el caballo contra su pecho. "Volveremos a encontrarnos. ¿Lo prometes?"

Blitzo sintió un súbito calor que se extendía desde su pecho hasta sus extremidades, una sensación que sólo tenía con su madre.

Sonrió y asintió en silencio.

"Pase lo que pase".

Capítulo 2: "TU CANCIÓN".

Nunca dejaba de llover.

Blitzø caminaba por las impolutas aceras del anillo de la Lujuria. Sus pasos apresurados hacían salpicar los charcos permanentes de agua que se acumulaba en las baldosas, colándose por las costuras de sus botas. Ya empezaba a notar la humedad a través del agujero que tenía en los calcetines, pero no le importó. No se había molestado en coger un paraguas; prefería dejar que las tibias gotas de agua resbalaran desde la punta de los cuernos hasta su frente. Le mantenían anclado a la realidad

El anillo de la Lujuria siempre conseguía que olvidara sus problemas, aunque fuera solo por un rato. Las luces de neón decorando las entradas de los pubs; la música amortiguada que se colaba a través de las paredes insonorizadas de los locales que flanqueaban ambos lados de la calle; los olores a especias, perfume caro y esencias afrodisíacas atacaban todos sus sentidos, nublando su mente en un estupor que hacía que apenas pudiera pensar, dejando que su cuerpo le guiara de forma casi instintiva a través de la muchedumbre que ocupaba las aceras.

Pero esta noche debía mantener los sentidos despiertos.

Dobló la esquina, acelerando el paso para toparse de bruces con el pequeño imp que lo esperaba al doblar la esquina. El choque hizo que tropezara, aterrizando en medio de un charco, empapándole la ropa en cuestión de segundos.

“¡Joder, Moxxie! Ya sabemos que te gusta estar debajo, pero si quieres que te la meta, dílo. ¡Es el único traje decente que tengo!” exclamó Blitzø.

“¡L...lo siento, señor!” Moxxie tartamudeó mientras le cogía del brazo y tiraba para ayudarlo a levantarse. “Solo quería comprobar si era Millie, hace rato que se ha ido. Por precaución, ya sabes. Las calles son peligrosas a estas horas, y...” Blitzø le fulminó con la mirada, lo que hizo que Moxxie captara el mensaje y cerrara el pico. Gracias a Satán por los pequeños milagros.

La tela del abrigo colgaba sin gracia. Blitzø la olisqueó; genial, algún imbécil había meado en medio de la calle. Lo que le faltaba. Se sacudió en un intento de adecentarse mientras mascullaba entre dientes bajo la atemorizada mirada de su empleado. Blitzø sintió como su cabreo aumentaba por momentos; si acumulaba más tensión terminaría saltando como un tanga en el culo de Mammon...haciendo que Moxxie mojara los pantalones de paso. Soltó un suspiro exasperado, intentando calmarse.

“¿Dónde ha ido Mills?” preguntó cambiando de tema.

“Eeeehm, pues verás” Moxxie titubeó, desviando la mirada nervioso.

“Arranca, Moxxie, me voy a hacer viejo esperando...” le espetó impaciente.

Antes de que Moxxie pudiera terminar de hablar, Millie apareció trotando al final de la calle, saludando con la mano mientras arrastraba a Loona por la cola. La loba agarraba una botella de licor de la que bebía sin parar, dejándose llevar por la imp.

“¡Moxxie la encontré! ¡Ooooooh, Blitzø, ya has llegado!” agitó la mano alegremente mientras se aproximaba a ellos.

Blitzø abrió los ojos de forma desmesurada, llevándose las manos a la cabeza
“¿Loonie?! ¡Pero qué ha pasado?! “ lloriqueó.

“Es lo que intentaba decirte, señor...Loona dijo que estabas tardando demasiado y decidió irse de bares...llevábamos más de una hora buscándola por todos lados” contestó Moxxie, pero Blitzø le ignoró sin contemplaciones. Se acercó a su hija con el corazón en un puño. La loba se limitó a mirarle de soslayo sin interés, para centrarse de nuevo en la botella que estaba liquidando.

“¿Cariño, por qué no te levantas? ¿N...no puedes caminar? ¿Quién te ha hecho esto?!” aulló enfurecido. Sacó la pistola que llevaba siempre en el bolsillo interno de su chaqueta para cargarla “¡Voy a matar al hijo de puta que te haya puesto una zarpa encima...!” exclamó fuera de sí.

“¡No te preocupes, B!” Millie se acercó a él, dándole una soberana palmada en el hombro que casi lo mandó de nuevo al suelo. “No le pasa nada, solo se ha pasado un poco con el Beelzejuice y estaba perdiendo el equilibrio, pero está bien.” dijo con una amplia sonrisa.

Blitzø se incorporó frotándose la espalda.

“Millie, te juro que si tu marido o tú volvéis a acercaros a menos de dos metros de mí cuando llevo este traje puesto...” se percató de pronto de que estaban a plena vista de la muchedumbre. Maldijo entre dientes mientras instaba a su equipo a esconderse en el callejón en el que habían quedado. Una limusina rosa fucsia pasó a su lado en ese momento, parándose de golpe delante del club que dominaba la calle principal: el dueño de Ozzie´s, el Señor de la Lujuria, bajó del coche con la elegancia que le caracterizaba, sus tres cabezas sonriendo al unísono. Pero Blitzø estaba más interesado en la pequeña figura que lo seguía, y que desapareció dentro del club en un par de ágiles piruetas. Tragó saliva. Esperaba que el plan saliera bien, su futuro dependía de ello.

“Está bien, panda, llegó la hora. ¿Estáis listos?” Miró a su equipo por encima del hombro. Los dosimps y la loba con cara de confusión, como si no tuvieran ni la más remota idea de lo que estaba hablando.

“Eeeeh...Blitzø todavía no nos has dicho qué es exactamente lo que hacemos aquí” dijo Millie con una sonrisa incómoda.

Ah, mierda. Ciertamente. Había estado tan centrado en planear bien lo que iba hacer que se le había pasado el pequeño detalle de poner al día de todo a su equipo.

“Estamos acostumbrados a tus manías raras, pero todavía no hemos aprendido a leer la mente, Blitzø” dijo Moxxie con sorna.

Blitzø le sujetó por los mofletes mientras pegaba su frente a la del imp “¡Si quisiera tu opinión, Mox, la metería primero en un fondo de inversiones, a ver si de aquí a *NUNCA*, me genera algún tipo de interés!” le soltó con brusquedad para después sacudirse la chaqueta, todavía empapada y apestando a meados, muy satisfecho consigo mismo. “Y ahora, si habéis dejado de decir sandeces, escuchad con atención”.

Se puso en cuclillas, extrayendo del bolsillo del pantalón una hoja de papel extremadamente arrugada, decorada con multitud de garabatos. La extendió en un pedazo de asfalto seco, mientras Loona, Moxxie y Millie se inclinaban sobre ella.

“Esto es lo que vamos a hacer para salvar IMP”

Ozzie’s estaba abarrotado de demonios de toda clase y condición. Uno de los principales lemas del club era “*La pasión no tiene límites, ni nombre, ni raza; tú eres quien la frena o la abraza.*”

Aquí hacen algo más que abrazarse pensó Blitzø mirando como una pareja se metía mano sin ningún tipo de pudor justo delante del escenario.

Blitzø esquivó la marabunta de cuerpos enredándose entre sí, mirando a todos lados para localizar su objetivo. No le costó mucho, Fizz adoraba ser el centro de atención. Estaba en medio de un enorme corrillo de lameculos a los que entretenía con alguna de sus bromas.

Bingo

Fizz se despidió del grupo con una elegante reverencia para después encaramarse con agilidad de las barras transversales que unían las jaulas de las strippers entre sí, deslizándose por uno de los postes del escenario como una culebra. A Blitzø se le hizo un nudo en el estómago al ver como las prótesis de Fizz se alargaban de forma desmesurada, mucho más de lo que unos brazos normales lo harían.

Sacudió la cabeza; no podía pensar en eso ahora, tenía que conseguir abordarlo de alguna manera.

No iba a tener más remedio que aguantar hasta que terminara el espectáculo para arrinconarlo.

Tu número será el último, por supuesto. *Siempre dándote aires, dejando tu actuación para el final, con toda esa tontería de ser la atracción principal*, pensó Blitzø irritado. Fizz llevaba siendo la estrella de Ozzie’s durante años, todo el mundo lo sabía. Y a él todavía le escocía.

Pero para su sorpresa, Fizz no se acercó al micrófono para hacer la presentación del acto inicial de la noche, sino que se dirigió al palco principal, donde intercambió unas palabras con el rey de la Lujuria en persona (o el *pollo follador*, como a Blitzø le gustaba llamarle en secreto), para retirarse por una puerta lateral.

Esta es la mía.

Blitzø se deslizó como una sombra, pegado a la pared del club. Les había dado órdenes a Millie, Moxxie y Loona de mezclarse con la gente para estudiar el terreno, algún idiota seguro que les contaba lo que se cocía por allí. Les interesaba saber dónde se estaban metiendo. Y tenía que hablar con Fizz a solas.

Blitzø comprobó que nadie le miraba antes de escabullirse por detrás de la cortina que ocultaba la puerta por la que había desaparecido Fizz. Cerró tras de sí con un *click* amortiguado.

“Siempre has sido un adicto a los focos, me extraña que no sigas siendo la atracción número uno del club. ¿Qué pasa, ya no te importa cederle el trono a otra zorra?” dijo Blitzø a modo de saludo.

Fizz dio un respingo sobresaltado y se giró.

“¡Pero...?! ¿Blitzø?” dijo con los ojos como platos. Su mueca de incredulidad se tornó de pronto en furia. Se abalanzó sobre Blitzø, asestándole un puñetazo a la cara que no llegó a impactar por muy poco. “¡Te voy a...” ¿Tienes idea de *cuánto tiempo* llevo buscándote, imbécil?!” exclamó Fizz mientras se sentaba a horcajadas sobre su pecho e intentaba estrangularlo con las prótesis.

“La o ahora es *muda*, capullo” dijo Blitzø, tratando de quitarse a Fizz de encima. Forcejearon unos momentos, hasta que Blitzø consiguió inmovilizarlo contra el suelo, haciendo un intrincado nudo con las extremidades metálicas.

“Phew, no recordaba que tuvieras la mecha tan corta Fizz, ¿de dónde has sacado la mala leche? ¿Es que hace mucho que no echas un buen polvo?” le dijo Blitzø burlón.

“Quí...ta...te de encima, ¡idiota!” Fizz enrolló las prótesis de las piernas como si fueran sacacorchos, impulsándose hacia delante y zafándose de Blitzø. Dio con la espalda en el borde de la mesa

“¡Joder, Fizz, solo estaba pinchándote!” dijo mientras se incorporaba dolorido. Se le había clavado un pintalabios en el culo.

Fizz jadeaba, mientras le miraba con los ojos llenos de lágrimas. *Mierda*.

“Hey, hey” Blitzø se acercó a su amigo, las manos extendidas en un gesto consolador. “Oye, no sabía que...” estaba preparado para comerse un par de puñetazos si hacía falta. *Siendo honestos me los merezco*. Pero no se esperaba lágrimas.

“Fizz, siento haberme marchado así. Yo...no podía quedarme” se detuvo. ¿Qué más iba a decirle? ¿Que después de lo que había pasado no pudo aguantar estar allí un minuto más del necesario? Había esperado hasta asegurarse que Fizz estaba bien para irse.

Sin despedirse.

Miró de nuevo las prótesis, y sintió como el sentimiento de culpa que le atenazaba la garganta se transformaba en un vacío tremendo en la boca del estómago. No había *soportado* ver a Fizz tirado en la cama de aquel hospital, debatiéndose entre la vida y la

muerte; sus miembros mecánicos no eran más que otro recordatorio más de lo que había hecho.

“Lo siento”, musitó, bajando la mano extendida.

Esos mismos brazos mecánicos lo rodearon de repente, estrechándolo con fuerza mientras Fizz apoyaba la frente en su hombro. Blitzø sintió cómo se le humedecía el cuello de la chaqueta. Blitzø sin saber muy bien qué hacer, pero Fizz le estrechó aún más fuerte. Notó como las lágrimas comenzaban a acumulársele en el párpado inferior, así que enterró la cara en el cuello de su amigo para que no lo viera llorar..

“Lo siento, lo siento mucho” dijo Blitzø con voz ahogada.

Permanecieron un rato así, sosteniéndose el uno al otro, hasta que Fizz se apartó por fin, enjugándose las lágrimas y dando un carraspeo.

“Sí, bueno, tenemos una conversación pendiente. De esa sí que no vas a escaparte” le dijo muy serio, pero una media sonrisa enseguida suavizó su expresión.

Blitzø asintió, se lo debía.

“Bueno, ¿qué te trae por aquí?” preguntó Fizz mientras se cambiaba de traje. No se inmutó que Blitzø estuviera allí; comenzó a desvestirse, quedándose en ropa interior mientras seleccionaba uno de los llamativos atuendos que colgaban del perchero del camerino. Blitzø se limitó a apoyarse en una de las cajas que se amontonaban contra las paredes.

“Pueees, verás...” no sabía muy bien cómo continuar. Había que tener mucha caradura de aparecer después de Satán sabe cuántos años para pedir favores. ¿Iba a hacer eso que se echara para atrás? Probablemente no, pero después del emotivo reencuentro le daba reparo pedirle nada a Fizz.

Su amigo le miró un momento, y puso los ojos en blanco. “Necesitas un favor, ¿no? Venga, dispara” soltó mientras se ajustaba el corsé. Estaba teniendo problemas al atarse los cordones, así que Blitzø se acercó, apartándole las manos para ayudarle.

“Estoy jodido, Fizz” dijo mientras la apretaba los nudos inferiores “Llevamos meses sin tener un contrato decente, y nos han echado del apartamento. Necesito trabajo. Para ayer” dijo avergonzado. Todavía le costaba reconocer en voz alta su fracaso, pero tener a Fizz de espaldas le ayudaba un poco.

“¿Tenemos?” le preguntó Fizz dándose la vuelta para quedar de frente.

Mierda. Se le había olvidado que llevaban casi 15 años sin verse. Había llovido lo suyo.

“Pueees, a ver, resumiendo mucho, estuve dando tumbos de aquí para allá unos años con trabajillos varios (despachando imbéciles sobre todo) pero me harté, así que hace unos meses monté una compañía de actores itinerantes, Infernal Masquerade Productions, IMP para abreviar. Tengo dos empleados a los que tengo previsto follarme en un futuro próximo,

(ellos también quieren pero todavía no lo saben). ¡Ah, sí! Y tengo una hija.” resumió Blitzø sin darle mucha importancia.

“¿Qué..? ¿una hija? Pero desde cuándo...” Fizz no daba crédito. Se llevó una mano a la frente, intentando reordenar sus ideas “Espera, para el carro. Vas a tener que contarme esa historia más despacio en otro momento.” Tomó aire para centrarse. “Entonces, estás aquí porque necesitas que...”

“...hables con tu sugar daddy para que nos dé curro, sí.” terminó Blitzø esperanzado.

Fizz se cruzó de brazos y apoyó la cadera en el tocador. No dijo nada durante unos segundos. Tenía el ceño fruncido. *Vaya, no va a ser tan fácil como pensaba.*

Blitzø se removió inquieto, esperando a que su amigo contestara. No le gustaba nada la cara que estaba poniendo Fizz.

“Blitzo...Blitzø” se corrigió Fizz “Mi relación con Oz, quiero decir Asmodeus ahora mismo es...”

“¿Ardiente? ¿Apasionada? ¿Trascendentalmente orgásmica?” intentó ayudar Blitzø.

“”*Difícil*” contestó mientras le dirigió una mirada exasperada “Y es una palabra demasiado suave para describirla” terminó Fizz. Desvió la mirada, frotándose el brazo incómodo.

“Él...las cosas son complicadas, y es por culpa mía. No...no quiero meterle más presión de la que ya tiene. Ya es suficiente con haber tenido que aceptar quedarme un segundo plano en las actuaciones, no quiero generar más tensión entre nosotros” dijo. Se le notaba molesto.

Blitzø bufó escéptico

“Fizz, he visto como te ha costado bajarte del escenario, dudo mucho que hayas sido *tú* el que haya decidido no ser la estrella del cotarro ¿Qué pasa? ¿El gallo se ha enfadado contigo y te ha cortado el grifo?” comentó burlón.

Fizz le fulminó con la mirada. *Parece que he dado en el blanco.*

“Sea como fuere...” continuó Fizz. “Ahora mismo no estoy en posición de pedirle nada, al menos no directamente. Las cosas han cambiado mucho por aquí, Blitzø” su mirada se ensombreció un tanto, pero no dio más explicaciones.

A Blitzø el corazón le dio un vuelco. Fizz era literalmente su último recurso. Había agotado todas las posibilidades que se le habían ocurrido antes de recurrir a él. Y si Fizz no podía hacer nada, estaba soberana y reverendamente *jodido*.

Se pasó una mano por la frente, dejándose resbalar hasta el suelo. ¿Qué le iba a decir a los otros? ¿A Loona? Les había fallado...

“Lo siento Blitzø, de verdad. Has llegado en mal momento.” Fizz se acercó a él, sentándose a su lado. Sus hombros se tocaron. “Hace unos meses no habría habido problemas, pero

desde que los *hermanos fríos* metieron sus zarpas en la propiedad del club, las cosas han cambiado bastante. Y no para bien”.

Se quedaron un rato así, en silencio. Desde siempre no les había hecho falta hablar para saber cómo se sentía el otro. Por primera vez en mucho tiempo la mente de Blitzø estaba en blanco; todas las ideas que solían danzar en su cabeza, todos los planes B, C y D...nada. Se habían esfumado de un plumazo. Escuchó a Fizz suspirar a su lado.

“¿Qué?” le preguntó Blitzø.

Su amigo no contestó inmediatamente. “Todavía te la debo”. Blitzø sabía a qué se refería, pero no quería hablar de ello. Le dio un empujón con el hombro.

“No seas idiota, no me debes nada. Fue culpa mía”.
Fizz bufó, irritado

“No lo fue y lo sabes, Blitzø. Deja de echarte la culpa de todo lo malo que ocurre a tu alrededor, no eres el culo del mundo ¿sabes?. Fue un accidente, le podría haber pasado a cualquiera.” zanjó Fizz. Blitzø no quería discutir, así que no contestó.

“De verdad, siento no poder ayudarte. Ozzie está muy irritable últimamente, al único que escucha es a...” los ojos de Fizz se abrieron de par en par de pronto, como si hubiera visto la luz “¡Stolas!”

“¿Qué?” El nombre le resultó extrañamente familiar, pero Blitzø no supo decir por qué.

“Stolas, es la nueva cara del club” explicó Fizz. Se puso de pie de un salto, impulsándose con las prótesis para coger un póster arrugado que había en su tocador y lanzárselo a Blitzø. En él se intuía una figura esbelta rodeada de sombras, dos pares de ojos rojizos brillaban sensuales desde la oscuridad. Blitzø lo observó con interés, pero Fizz seguía hablando “...siempre le ha gustado actuar, aunque donde de verdad se luce es cantando. Quizá, si hablara con él...pero no, desde que tomé mi puesto está un poco distante conmigo, lo mejor sería presentarlos directamente. Tiene debilidad por los casos perdidos, seguro que le llamas la atención. Pero habría que pensar en algo que pueda resultarle atractivo como...no sé, una ópera o algo así. ¿Qué tipo de obras representa tu compañía, Blitzø?” le preguntó Fizz de repente

“Eh, ¿qué?” preguntó Blitzø confuso. Seguía hipnotizado por la figura entre sombras. Fizz chasqueó las prótesis delante de su cara.

“Espabila, si vamos a hacer esto necesito que estés centrado ¿Qué tipo de obras hacéis?”

“Eeerrrm...pues, verás, a decir verdad...Moxxie es el guionista principal, y quería hacer musicales, pero a mí me van más los thrillers de acción, ya sabes, con piruetas y peleas, todo eso. Y a Millie le gustan las obras de los mitos griegos..así que...” Blitzø miró a su amigo. Fizz le observaba con expresión horrorizada.

“No me digas...que no habéis representado una obra antes...” susurró Fizz con hilo de voz.

Blitzø se puso de pie de un salto, con el póster todavía en la mano.

“¡So...somos una compañía novel llena de talento! ¡Podemos clavar cualquier obra que representemos, da igual el género!” exclamó a la defensiva.

Fizz lo miró incrédulo “¿Pero de qué habéis estado viviendo estos meses si no habéis representado ni una maldita obra?” exclamó.

Blitzø abrió la boca para hablar, intentando buscar la frase perfecta que pudiera justificarlo frente a una acusación tan acertada.

“B...bueno, la verdad es que nos han ido contratando aquí y allá para hacer de guardaespaldas y control de masas. Esas cosas. ¡Ah! Y también para un espectáculo de swingers. Ese estuvo bien” comentó Blitzø con una sonrisilla mientras lo recordaba.

Fizz soltó un gemido y se apoyó de nuevo en la encimera.

“Por qué me tengo que meter en estas cosas...” murmuró para sí.

Blitzø se acercó dubitativo. Sabía que su idea era ingenua, pero siempre había querido actuar. Lo dejaría todo si no había más remedio, cambiaría de profesión, pero quería agotar primero todas las posibilidades. Se lo debía a sí mismo. Se lo debía a su madre.

“Fizz, podemos hacerlo, de verdad” le aseguró Blitzø.

Fizz levantó la vista por fin, observándolo escéptico. Soltó suspiro exasperado.

“No se como consigues salirte siempre con la tuya” le dijo con tono resignado.

Blitzø esbozó una sonrisa triunfal.

“Entonces, ¿vas a ayudarnos?”

Fizz le sonrió a su vez, apoyando una mano en la cadera mientras le miraba con cariño.

“Qué remedio. Venid mañana alrededor de las dos, es cuando Stolas hace su número principal. Te llevaré a su camerino cuando termine para que puedas presentarle el proyecto. ¡Y asegúrate de que sea algo bueno!, con números musicales, y mucho drama. Eso le encantará. y por favor, trae otro traje. El que llevas da vergüenza”.

“Hey, cierra la boca. Es mi mejor conjunto” dijo Blitzø muy ufano.

Fizz miró su traje con una mueca de disgusto. Cogió una esquina de la chaqueta con dos dedos mecánicos, con una mueca de asco absoluto. Se acercó a olisquear la tela, pero se apartó casi al instante. Los ojos le lagrimeaban.

“¿Te han meado encima?”

“¡Señor, ¿estás seguro de que tu amigo nos citó aquí?!” chilló Moxxie.

Estaban haciendo cola a la entrada del club con la esperanza de que el íncubo de dos metros que había por seguridad les dejara pasar. Se había cruzado de brazos delante de ellos en cuanto les había puesto el ojo encima. Vale que tenían pinta de pordioseros, pero llevaban pase VIP.

“¡Tengo un permiso especial capullo, así que si no quieres vértelas con el dueño del club más te vale que nos dejes pasar!” exclamó Blitzø mientras le hacía una peineta con el dedo.

“Su *Eminencia Andrealphus* ha dado órdenes estrictas de no dejar pasar a ningún imp de baja calaña esta noche. La función es exclusiva para miembros de la nobleza pertenecientes al club.” dijo con voz de ultratumba. “Te recomiendo que desaparezcas de mi vista si quieres conservar todas las extremidades, lagartijo” le espetó con voz amenazante.

Blitzø se hinchó como un gallo de pura rabia “¡Tú te la has buscado, imbécil!” aulló Blitzø mientras se abalanzaba sobre él.

“¡Jessie, hey!” Fizz apareció justo cuando Blitzø intentaba arrancarle una de las alas al íncubo, “Están conmigo, déjales pasar... ¿Pero q...?” Fizz observó la estampa: Blitzø encaramado a la espalda de su gorila, que se retorció enloquecido intentando quitárselo de encima mientras el imp le mordía el ala; Millie y Moxxie aferrados a su vez a sus piernas, mordiéndole los tobillos; y Loona haciendo fotos y colgándolas en su historia de Sinstagram

“¡Blitzø!, deja de hacer el idiota y sígueme” Fizz se dio la vuelta para entrar de nuevo al club murmurando entre dientes algo que sonaba como *en qué hora, sigue igual de imbécil y quién me manda a mí*.

Blitzø bajó de la espalda del gorila de un alegre salto para seguirle.

“¡Venga panda, preparaos para la fiesta!”

El ambiente dentro del local era completamente distinto al de la noche anterior.

Habían retirado las mesas para colocar pequeños tenderetes dispuestos en un semicírculo bordeando lo que parecía ser una pista de circo. Las jaulas de los strippers ya no colgaban del techo; habían sido sustituidas por enormes lámparas de araña que centelleaban con reflejos azulados. *Menudo desperdicio*, pensó Blitzø, *esta gente no sabe apreciar un buen desnudo*.

Fizz les condujo a una de las tiendas mejor situadas, justo en frente de la pista. Todos se acomodaron en los sillones acolchados que había alrededor de una mesa baja. Por lo menos eran talla Goetia, y Loona no tuvo problema en estirar las piernas. Tras un par de

órdenes de Fizz a la camarera para pedir las bebidas, se limitaron a esperar a que el espectáculo comenzara.

“Nunca habría pensado que fueras a convertirte en un cabrón elitista Fizz. ¿Noche exclusiva para la nobleza? ¿En serio?” le reprochó Blitzø.

Ya habían aguantado suficiente mierda de los Goetia cuando trabajaban en el circo; siempre venían con exigencias, como que *olía a culo de caballo*; que no iban a juntarse con la plebe y *necesitaban* un palco exclusivos para ellos, o incluso reservar el circo todo un día para una de sus estúpidas celebraciones. Los muy hijos de puta estaban podridos en dinero, y para el viejo Cash Buckzo eso era suficiente para abrirse el culo y rogarles si hacía falta, pero a Blitzø le había hervido la sangre cada vez que aparecían por allí.

Pero lo peor de todo fue que en una ocasión, su padre lo vendió como juguete a uno de sus polluelos. Si eso no era amor de padre, Blitzø no sabía qué podría serlo.

Fizz desvió la mirada incómodo. “Ya te he dicho que las cosas ha cambiado por aquí” le dio un sorbo a su bebida multicolor mientras removía los hielos con la pajita, “a lo nuevos dueños les gusta organizar este tipo de eventos un par de veces al mes, están convencidos que la *exclusividad* hace que se genere una mayor expectación y los clientes estén dispuestos a pagar más”.

“¿Nuevos dueños? Pero, ¿el club no era de Ozzie?” preguntó Blitzø confuso.

“Sí y no”, Fizz miró alrededor, como comprobando que no hubiera nadie que pudiera escucharle y se inclinó sobre la mesa, indicándole con un dedo a Blitzø que se acercara “La *reina frígida*, el Marqués Andrealphus, se hizo con la parte mayoritaria del club hace unos meses por un...incidente” Fizz hizo una mueca, pero no elaboró más. Se incorporó de nuevo, dejando el vaso ya vacío sobre la mesa.

“Pero no me preguntes detalles, es peligroso hablar de esto aquí. Vamos a centrarnos en lo importante, ¿habéis planeado ya lo que vais a proponerle a Stolas?”

“¿A quién?” dijo Blitzø.

En ese mismo instante, las luces del club se atenuaron, sumiendo el lugar en una penumbra envolvente. La niebla artificial se extendió desde los bordes de la pista, dándole al ambiente un aire onírico, como si de repente se encontraran atrapados en un sueño. La gente dejó de hablar y un silencio expectante se cernió sobre la sala.

Blitzø miró a su alrededor, intentando entender el por qué de tanta parafernalia. Todo el mundo observaba fijamente un punto en las alturas, justo sobre la pista; los ojos llenos de una fascinación casi palpable.

Y ahí, en medio de esa atmósfera intoxicante, el tiempo se detuvo para él.

Como si del mismísimo ángel caído se tratase, una figura descendió desde las sombras, suspendida en el aire. Centelleaba con una luz deslumbrante, rodeado por un halo que le daba un aspecto sobrenatural. Una elegante cola se mecía a su espalda, como movida por una brisa invisible; las suaves plumas que la adornaban emitían destellos azulados al contacto con la luz del foco que lo enmarcaba.

Y sus *ojos*... Parpadeaban como ascuas ardientes bajo densas pestañas oscuras, brillando en la penumbra. Aquellos ojos que parecían haberlo visto todo le miraron directamente.

Una sonrisa se dibujó en su rostro; como si le conociera, como si fuera capaz de ver a través de la oscuridad, de llegar hasta su misma alma.

A Blitzø se le cortó la respiración. Nunca había visto nada tan bello.

Era incapaz de apartar la mirada; la mera presencia de esta criatura hechizaba su cuerpo, una magia que lo ponía al borde de un abismo con la emoción de saber que si daba un paso, caería al vacío. Estaba seguro de que no se arrepentiría.

"Le llaman el Príncipe Caído", musitó Fizz en voz baja, como si temiera que su susurro pudiera romper el hechizo que Stolas tejía en la sala.

El príncipe aparecía envuelto en un conjunto brillante de terciopelo que abrazaba su figura con una elegancia sobrenatural, dejando al descubierto sus largas piernas, que se movían con suavidad para impulsar el columpio que lo mantenía suspendido en el aire. Una pequeña chistera negra descansaba sobre las plumas de su cabeza.

No puede ser real, pensó Blitzø. Era un sueño, tenía que serlo.

Cada movimiento de Stolas desafiaba la realidad misma; su esbelta cintura se ensanchaba en generosas caderas que se balanceaban con el vaivén, una promesa prohibida. Blitzø no pudo evitar imaginar cómo se amoldarían esas caderas a su propio cuerpo, sus músculos flexionándose bajo él; cómo se moverían al unísono, en una danza frenética, sus muslos rodeándole la cintura, instándole a ir más rápido, asfixiándolo, haciéndole correrse...

Pero entonces, Stola empezó a cantar, y Blitzø se perdió por completo.

El cuerpo del imp se tensó, su respiración se aceleró y un calor inesperado se apoderó de él, el aire cargado de una nueva energía que le erizó la piel y le puso las espinas dorsales de punta.

Se estremeció.

Estoy metido en un buen lío.

Capítulo 3: "EMPIEZA EL ESPECTÁCULO".

"Y por eso este club es perfecto para usted, Alteza" ronroneó Andreaphus en tono afectado. "¿No le parece magnífico? ¡Por fin un entretenimiento mundano digno de nuestra clase! A partir de ahora no podrán increparnos que no nos mezclamos con el vulgo cuando compartimos tanto espacio como divertimentos." afirmó Andrealphus con aires de superioridad mientras liquidaba su cuarto martini de la noche.

"Sin duda" asintió el misterioso invitado desde las profundidades de su capucha escarlata.

Andrealphus continuaba con su perorata incesante mientras Ozzie, que estaba sentado a su lado, le indicaba al camarero que le trajera otra copa.

"Pero por supuesto, no limitamos nuestras atracciones solo a los círculos más exquisitos de la sociedad. ¡Nuestros artistas entretienen a todas las gentes del infierno! Incluso las razas cuyo saber estar es más ... cuestionable" miró con mueca de disgusto al imp que acababa de pasar con una torre de bebidas sobre una bandeja. El invitado emitió un carraspeo, y Andrealphus se apresuró a ocultar la expresión de desprecio con una sonrisa forzada.

"Me alegra ver que su establecimiento tiene una normativa tan...generosa con respecto al acceso. Espero que eso no entre en conflicto con las necesidades que le expresé en mi carta" comentó el desconocido con voz suave. Tenía un timbre aparentemente dulce, pero ocultaba una autoridad que no daba lugar a réplica "Busco sobre todo *discreción*, mi querido marqués".

"Pero *por supuesto*, puede quedarse tranquilo en ese aspecto, su Eminencia" contestó Andrealphus con tono complaciente "La privacidad de nuestros clientes es nuestra principal prioridad".

Asmodeus, Rey de la Lujuria, poderoso señor de la noche, ahogó su quinto bostezo de forma disimulada con el dorso de la mano. *Estaba harto*.

Llevaba *horas* escuchando como Andrealphus se deshacía en elogios y falsos halagos con el futuro posible inversor, que no parecía especialmente impresionado. Ozzie les había acompañado durante la visita a las instalaciones antes de la apertura de esa noche, escuchando como el pavo real hablaba de *su club* como si fuera en realidad de él; como si las horas de esfuerzo y dedicación en hacer *Ozzie's* el lugar más exclusivo en todo el infierno fuera mérito suyo.

Todo esto es mío, maldito pollo emperifollado. Había tenido que apretar los puños para no estampar esa cara larguirucha contra la pared.

Pero lo peor de todo es que *técnicamente*, así era. Su primer negocio, la joya de la corona de su imperio...en las garras de un pavo frígido que no sabía lo que era una polla ni aunque le dieran un bofetón con una.

Todo lo contrario a los principios hedonistas en los que Ozzie basaba su forma de vida: *Seduze, conquista, repite.*

Dudo mucho que te hayas dejado seducir ese culo helado, aunque se nota que lo estás deseando, cabrón.

Andrealphus quería concluir la visita disfrutando del espectáculo principal de la noche. Se encontraban acomodados en una de las pequeñas pero lujosas tiendas que bordeaban la pista, a la espera de que comenzara. Ozzie consultó la hora, quedaban apenas diez minutos, Miró alrededor buscando ah...sí, Fizzarolli se encontraba un par de puestos más allá, reunido con un grupo de nuevos clientes.

¿Imps? Ozzie entrecerró los ojos confuso, pero antes de que pudiera identificar a los acompañantes de su socio, las luces de la sala se atenuaron.

El espectáculo iba a comenzar.

Un único foco iluminaba un punto en lo alto del escenario, donde la esbelta figura de Stolas se recortaba contra la luz. Ozzie tenía que admitir que estaba magnífico, como siempre. ¿Quién hubiera pensado que detrás de esa fachada de príncipe reprimido se escondía una verdadera diva?

Ozzie observó las evoluciones de Stolas en el columpio con orgullo; tenía al público encandilado, y no solo con su actuación. El rey demonio podía oler el ligero aroma a lavanda y plata de la magia de Stolas.

Un movimiento al otro lado de la mesa hizo que desviara la mirada en esa dirección. El misterioso inversor por fin había decidido revelar su identidad, descubriendo su rostro. Ozzie se sorprendió al ver al mismísimo Vassago, Príncipe del Tiempo, completamente hechizado por el búho. Sus ojos se dilataron cuando Stolas comenzó a cantar, apretando de forma casi imperceptible el puño con el que sujetaba la copa. Tenía las plumas de su cresta escarlata erizadas.

Diana, había picado.

Te gusta lo que ves, ¿eh? pensó Ozzie con una media sonrisa de satisfacción. Disfrutaba enormemente ser testigo del nacimiento de la chispa de la lujuria en un corazón apagado; y no era solo deseo lo que irradiaban los ojos de Vassago, lo sentía. No en vano, era el Rey de la Lujuria.

Por el rabillo del ojo se percató de la expresión ávida de Andrealphus. *Has conseguido lo que querías, vieja zorra.* Le irritaba que el pavo real se saliera con la suya, pero no tenía más remedio que aguantarse si quería recuperar su club. Y a Fizz.

Solo un poco más.

Una exclamación ahogada se alzó desde el público de repente, los gritos horrorizados interrumpiendo sus pensamientos. Ozzie se puso en pie, alerta, solo para ver el delicado cuerpo de Stolas deslizándose del columpio, como un pétalo desprendiéndose de una rama...

Precipitándose al vacío sin nada que lo frenara.

“¡Pichón, tengo excelentes noticias!”

Stolas miró sobre su hombro, sorprendido de ver a Asmodeus en su camerino. Por norma general, el Rey de la Lujuria procuraba que nadie le molestara antes de las actuaciones; sabía que necesitaba tiempo para prepararse mentalmente, y prefería no ser interrumpido. Todas las estrellas tenían sus particularidades.

La de Stolas era que aprovechaba los momentos justo antes de salir a escena para...*explorar* nuevos horizontes. Sacaba su caja de juguetes “especiales” que escondía debajo del diván (porque, qué persona no tendría siempre a mano un buen vibrador con la batería cargada), y dedicaba los treinta minutos antes de actuar a asegurarse de que se quedaba relajado.

Un par de orgasmos siempre le ayudaban a calmar los nervios y meterse en su personaje.

Pero la expresión de Ozzie le decía que iba a merecer la pena sacrificar por un día su rutina.

“Oh, bueno entonces no me hagas esperar más” respondió con una sonrisa dulce.

Recolocó la manga de su bata favorita, que había resbalado por su hombro, y se sentó en el diván, dando unas palmaditas a su lado para que Ozzie le acompañara.

Pero el gallo estaba tan emocionado que había comenzado a deambular de un lado a otro del cuarto. Stolas ladeó la cabeza con curiosidad.

“¡Es una oportunidad inigualable, magnífica! Lo único que lamento es que la idea se le haya ocurrido al pollo frígido que tienes por cuñado. *Ex-cuñado*, disculpa cielo” Ozzie le miró.

Stolas hizo un elegante gesto con la mano para indicarle que no se preocupara. “No se puede negar que Andrealphus tiene buenas ocurrencias de vez en cuando, en eso no se parece a su hermana. Ella no da para tanto” dijo con cierta sorna. Recordó la estúpida idea de Stella de despedir a todos los imps del servicio porque no combinaban con la decoración del palacio...

“Oh, pichón, si todo sale bien puede que incluso recuperes tu libertad” dijo Ozzie con una sonrisa. Se sentó por fin a su lado, cogiéndole de las manos con ternura. “Andrealphus ha encontrado un posible inversor, *un príncipe*. Está especialmente interesado en tí”.

“¿En mí?” preguntó Stolas extrañado.

“Sí, cariño. Andrealphus piensa que, si logras conquistarlo, aportaría el dinero suficiente como para hacer las ampliaciones de las que lleva hablando desde hace meses. Le está ofreciendo parte de la propiedad del club. No te voy a negar que es un proyecto que me gustaría que viera la luz. Y otro socio mayoritario equilibraría la balanza de poder, posiblemente a nuestro favor” explicó Ozzie. Su expresión se entristeció un tanto “Solo lamento que vaya a tener que depender de tí para esto, Stolas. Andrealphus insiste en que *tú* eres la pieza clave. Quiere que lo seduzcas” comentó con expresión seria.

Stolas soltó una risa incrédula. “Oh, por favor, dudo mucho que ningún miembro de la realeza Goetia se arriesgara a asociarse con el *Príncipe Caído*, mucho menos tener *un idilio amoroso*. Podría mancillar su estatus” se levantó con elegancia y se dirigió al tocador, seleccionando el maquillaje que se iba a aplicar esa noche. Sabía perfectamente el apodo por el que se le conocía en los bajos fondos. Y en parte él mismo se había encargado de alimentar el nombre; no le disgustaba en absoluto.

“Ozzie se situó detrás de él, justo frente al espejo. Apoyó las manos en sus hombros antes de hablar, estrechándolos con cariño.

“Cielo, Andrealphus ha prometido liberarte si consigues que invierta en el club.”

El pulso de Stolas dio un vuelco. ¿Liberarle?...no, no era posible.. Andrealphus nunca daba puntada sin hilo, tenía que ser una trampa. Desde que Stolas había comenzado a actuar los beneficios del club se habían duplicado. El marqués no prescindiría de su gallina de los huevos de oro tan fácilmente.

“El contrato está ligado a Stella, por mucho que Andrealphus quiera...” empezó Stolas

“Stolas, cariño. Sabes perfectamente que tu ex mujer no es capaz de juntar dos neuronas sanas. Andrealphus es perfectamente capaz de manipularla para que rompa el vínculo.”

Ozzie tenía razón.

“Solo quiere el estatus y la notoriedad que van con la fama del club. Nos ha humillado a ambos, ya ha demostrado su poder” comentó Ozzie con rabia contenida “Solo queda aprovechar la oportunidad para quitártelo de encima. Recuperar tu vida, por fin” dijo con una sonrisa temblorosa.

La expresión de tristeza de Ozzie hizo que a Stolas se le hiciera un nudo en la garganta.

“Pero, ¿qué será de tí?” preguntó Stolas girándose hacia él. La desgracia había hecho que ambos se convirtieran en un apoyo fundamental en la vida del otro, un refugio en la tormenta. No podría soportar ver cómo su jefe, su mejor amigo, seguía sufriendo en soledad mientras él recuperaba su libertad. Ozzie esbozó una sonrisa triste.

“No te preocupes por mí, pichón” le dio un suave beso el dorso de la mano, “con otra persona como co-propietaria podría hacer algo de fuerza. Además, “ se enjugó las lágrimas mientras ayudaba a Stolas a ponerse en pie “tengo mis propios planes”.

Y Stolas no había dudado más. Si seducir a un príncipe del infierno era todo lo que necesitaba hacer para recuperar su vida, eso es lo que haría.

Al fin y al cabo, es mi trabajo pensó mientras se colocaba la pequeña chistera en la cabeza. Tomó aire, se ajustó el corpiño, se aseguró de que el columpio soportaba su peso antes de subirse a él y el técnico le alzó en el aire, preparado para salir al escenario. Cerró los ojos para concentrarse.

“Las estrellas nunca temen brillar, incluso en la noche más profunda.” musitó para sí, infundiéndose ánimos. Era una frase que Ozzie le había dicho justo antes de su primera actuación. Se había convertido en su ancla.

Levantó la cabeza cuando el foco le iluminó directamente. La sala se había sumido en el silencio, más absoluto, y él sonrió.

Hora del espectáculo.

Dejó que su energía se concentrara en el centro de su pecho, para liberarla en suaves ondas, proyectándola hacia el público. Era apenas una chispa de magia, un poco de su propia fuerza vital para hacer a los clientes más receptivos; había descubierto que sentir su magia rodeándolo le ayudaba a mantener la cabeza fría. El peligro era que Andrealphus se percatara de que todavía conservaba acceso a su poder, por lo que debía ocultar su rastro. Era un ejercicio delicado, que requería de gran concentración y un gasto de energía que terminaba por agotarlo, pero el poder utilizar su magia era lo que lo había mantenido cuerdo durante el último año. Su cuerpo *respiraba* cada vez que sentía ese torrente fluir por sus venas, le hacía sentir más vivo que nunca. Era parte de su ser.

El balanceo del columpio le permitió desplazarse por toda la sala, haciéndose una idea general del público. Intentó localizar al misterioso inversor. Ozzie le había comentado que iría oculto, llevaría un disfraz rojizo. Stolas entrecerró los ojos mientras se estiraba en un elegante movimiento sobre el columpio, arqueando la espalda de forma seductora. Rojo, rojo... ¡Allí! en una de las tiendas VIP, una pequeña criatura de un rojo encendido que conversaba con Fizzarolli, el manager del club.

Qué curiosa elección pensó Stolas. El misterioso inversor parecía haber elegido la forma de imp como disfraz; era más alto de lo normal, y tenía unos llamativos cuernos que se curvaban de forma imponente desde su cráneo. Le resultaba extrañamente familiar... El imp lo observaba fijamente, y Stolas le dedicó una sonrisa seductora antes de continuar el giro y darle la espalda. Tenía que ir preparando el terreno.

La atmósfera de la sala alcanzó su punto álgido, la energía bullía en el público, mezclándose con la suya propia. Stolas estaba agotado, sentía la fatiga acumulada, sus reservas de magia se agotaban por momentos, intentando borrar cualquier rastro del ambiente que pudiera ser detectado, pero tenía que aguantar hasta el final. Completó una

vuelta más con el columpio, deteniéndose en el centro de la pista, suspendido en las alturas. Tomó aire, reduciendo sus pulsaciones.

Y entonces comenzó a cantar.

Siempre disfrutaba de esta parte de la actuación: cantar había sido su forma de expresarse desde niño, pero nunca había tenido la libertad de hacerlo públicamente durante sus años como príncipe de los Ars Goetia. Era lo único bueno que había ganado de su nueva forma de vida.

Pero de repente, notó como la vista se le nublaba, su voz flaqueó. Escuchaba los latidos de su corazón en los oídos, retumbando como tambores. Le fallaban las fuerzas; sintió su cuerpo inclinándose hacia atrás, hacia el vacío. Intentó asirse con más fuerza de las cadenas, pero calculó mal la distancia, y sus dedos resbalaron sobre el metal.

Vaya...le costaba formular pensamientos en su mente, parece que he calculado mal la magia que necesitaba. Sentía su cuerpo pesado, la gravedad lo reclamaba.

Caía

Lo último que pensó fue que al menos ya no tendría que estar atado a Stella.

Era libre.

Tum tum

Un segundo. Solo eso.

En un segundo puedes mirar a alguien y saber que lo necesitarás el resto de tu vida.

Un latido de tiempo; un golpe de vida; la adrenalina recorriendo cada rincón de su ser, inundándolo de la euforia más absoluta para, apenas un parpadeo después, sentir una nada helada saturando cada una de sus arterias, bloqueando sus sentidos.

Un suspiro ahogado, una caída. Y el sueño se quebró en mil pedazos atravesado por gritos de horror.

El cuerpo de Stolas se arqueó en una curva imposible, un arcoiris dibujado en el cielo en un día de lluvia. Cayó al vacío.

Los músculos de Blitzø se activaron antes de que fuera consciente de que había dado la orden. Un ruido blanco bloqueaba sus tímpanos, solo oía el ritmo frenético de su sangre circulando a toda velocidad a través de cada célula, cada fibra de su ser instándole a correr más rápido, a bombear más oxígeno a sus piernas.

Más rápido, más rápido...

Saltó la baranda que delimitaba la pista sin perder de vista el cuerpo de Stolas. Multitud de plumas se desprendían de su cola, enmarcando su caída; la estela de un cometa que había perdido su trayectoria.

Blitzø derrapó hasta el centro de la pista, separando las piernas y plantando los pies con firmeza. Extendió sus brazos justo para capturar el cuerpo del príncipe caído.

Sus rodillas cedieron casi por completo bajo el peso del búho, amortiguando la caída. Blitzø sostuvo la cabeza de Stolas, evitando que se partiera el cuello con el impacto. Se incorporó despacio, acunando el cuerpo del príncipe contra su abdomen; su cabeza resbaló a su pecho. Podía sentir los latidos de su corazón junto al suyo, acompasándose hasta volverse uno.

Todo cobró sentido de repente, como si la última pieza del puzle acabara de encajar; había deambulado a través de un laberinto durante toda su vida, la incertidumbre en cada esquina, cada giro de destino, para dar con la salida en un mínimo instante de tiempo; su suspiro contra su piel, completándolo.

Jadeó, el corazón latiéndole a mil por hora mientras procesaba lo que acababa de ocurrir. Sus sentidos se reactivaron de golpe, los gritos del público inundaron sus oídos, ininteligibles. Una mano firme tiró de él para apartarlo de la vista.

“Ven conmigo” urgió Fizz con voz temblorosa. Lo guió por un laberinto de pasillos ocultos apenas iluminados a paso rápido. Blitzø era consciente de su respiración acelerada, la calidez de ese cuerpo contra el suyo. Stolas todavía tenía cerrados los ojos y respiraba con dificultad, pero parecía estar bien. Blitzø estuvo a punto de tropezar por una grieta del suelo, pero recuperó el equilibrio al momento. Sacudió la cabeza para despejarse, y decidió concentrarse en Fizz. Su amigo apartó una cortina aterciopelada y lo dejó pasar a los aposentos más suntuosos en los que Blitzø había estado jamás.

No se paró a analizar la estancia, se acercó a la enorme cama adosada que presidía el dormitorio, depositando al príncipe con suavidad sobre las sábanas de satén. Fizz se aproximó, preocupado, tomándole el pulso en la muñeca mientras le tomaba la temperatura.

“No parece tener fiebre, y el pulso es fuerte.” comentó con alivio. Su teléfono sonó de repente. “Mierda”, maldijo entre dientes mientras leía el mensaje que acababa de recibir. “Ozzie necesita que baje a actuar, parece que han conseguido que el público piense que la caída era parte del número”. Se giró para mirar a Blitzø, los ojos llenos de preocupación. “Siento pedirte esto pero, ¿podrías quedarte con él? Al menos hasta que despierte, para comprobar que está bien.”

Blitzø asintió de forma automática. Todavía observaba a Stolas, desmayado en la cama.

Fizz apoyó las manos en sus hombros y lo miró muy seriamente “No hagas nada que me pueda dejar en vergüenza” dijo mientras le dirigía una elocuente mirada al búho. Una de las ligas se le había soltado, y la media se había deslizado por la pierna, exponiendo la parte superior de su muslo.

Blitzø tardó unos segundos en procesar lo que Fizz estaba insinuando “¿Pero qué...?! ¿Qué te crees que soy, un perverso cualquiera?” exclamó indignado. Notó como la cara se le calentaba, un rubor tiñendo las mejillas.

Fizz le soltó y se dirigió a la puerta “Apenas eres capaz de quitarle los ojos de encima, Blitzø. Ya he visto esa mirada antes. Solo, espera a que despierte, y luego puedes marcharte. Hablábamos mañana” dijo cerrando la puerta, sin que Blitzø tuviera tiempo de replicar.

Se sentó dando un bufido en el sillón que había a los pies de la ridícula cama, cruzándose de brazos.

No tenía pensado hacer *nada*.

Tamborileó el talón en la mullida moqueta que cubría el cuarto, evitando por todos los medios girarse para mirar de nuevo al príncipe; podía escuchar su respiración calmada a su espalda. Decidió distraerse tomando nota del lugar; las paredes estaban revestidas de elegantes cortinajes en tonos púrpuras y granates que le daban a la estancia un aire íntimo. Una mesita baja con bebidas se disponía cerca de la cama, así que Blitzø decidió servirse algo. Dio un sorbo, casi atragantándose al darse cuenta de que en el techo, justo encima de la enorme cama, había un espejo en forma de corazón.

Bueno, queda claro para qué tienen eso ahí, pensó, tragando saliva. El Stolas del espejo se removió en sueños, arqueando la espalda. Blitzø se apresuró a darle otro trago a su copa y acercarse a la enorme terraza que dominaba la pared opuesta.

Necesitaba tomar algo de aire.

El balcón tenía unas vistas privilegiadas de toda Lujuria, con sus eternas luces de neón.

Blitzø dejó que la lluvia le calmara, resbalando mansa por sus cuernos.

Qué coño había pasado.

Estaba demasiado mayor para comportarse como un adolescente encoñado; llevaba años, estando en control de sus erecciones...*emociones*, no podía permitirse perder la cabeza por un pajarraco larguirucho que ni siquiera conocía. Se giró por fin, mirando sobre su hombro hacia la cama. Stolas seguía dormido, uno de sus brazos descansaba sobre su delgado abdomen, mientras que el otro reposaba cerca de su cabeza. Las piernas colgaban del borde de la cama en un ángulo extraño.

Eso no puede ser muy cómodo, se aproximó para colocarlo en una postura algo más cómoda. El corsé tampoco debía estar haciéndole ningún favor, pero se le aceleró el pulso solo de pensar en quitárselo. Casi se dio una bofetada. *¡Joder, ni que fueras una adolescente a punto de perder la virginidad! ¡Contrólate!* Con aflojarlo un poco es suficiente. Se inclinó sobre el búho, buscando los cordones que mantenían atada la prenda. No quería moverlo mucho, así que tuvo que levantarlo ligeramente por la cintura para acceder a la espalda. Notaba el calor de su cuerpo a través del corpiño, las suaves plumas de su espalda le acariciaron los dedos cuando desató el nudo. Le pareció escuchar un suspiro de alivio casi imperceptible.

Se percató de pronto que estaba casi completamente a horcajadas sobre Stolas: una rodilla hundida en el colchón, mientras apoyaba la mano al lado de la cintura del príncipe caído. Podía sentir su respiración en la cara.

Y Blitzø se permitió observarlo de verdad por primera vez.

Las plumas de su cabeza eran delicadas, enmarcando suavemente su cara en forma de corazón. Tenían un color azulado que se oscurecía en los extremos. Los dos pares de ojos se encontraban cerrados, pero Blitzø podía ver perfectamente cada una de las pestañas, reposando sobre sus mejillas. Sul pico entreabierto reflejaba la luz como una cuchilla, y Blitzø se preguntó qué textura tendría; parecía lo suficientemente afilado como para cortar con un roce ligero. Estuvo tentado de tocarlo con la yema del dedo *¿Cómo se sentiría besarlo?*. Sacudió la cabeza, alejando ese pensamiento. Probablemente acabaría con la lengua seccionada.

Su cuello era largo y esbelto, igual que el resto de él, y daba lugar a un torso en el que un voluminoso penacho de plumas florecía en su pecho. A Blitzø le dieron ganas de enterrar su rostro ahí, serían más suaves que las plumas de su espalda. No se atrevía a comprobarlo. El esbelto torso se ampliaba en unas generosas caderas que daban paso a las piernas más increíbles que Blitzø había visto nunca.

Se sentía como un perverso, observando a Stolas cuando estaba desmayado, a pesar de que no había hecho ni la intención de tocarlo.

Era un embrujo, estaba seguro. Los miembros de la realeza tenían acceso a poderes que los imps como él no podían siquiera imaginar, incluso los desterrados.

Volvía a tener esa sensación, la misma que se había apoderado de él cuando había sostenido a Stolas en sus brazos; la de saberse completo; de haber encontrado por fin la última pista a un enigma sin solución aparente pero que, de pronto, tenía sentido.

Como si todo lo que había hecho hasta ese momento, cada error, cada paso en falso, lo hubiera llevado, inevitablemente, a este momento. No encontraba palabras para explicarlo, no tenía sentido. No podía ser tan fácil, tan... fácil, tan... *absurdo*.

Un mechón de plumas se apoyaba en su frente, y Blitzø no pudo resistir la tentación de apartarlo de su rostro. Sus dedos acariciaron suavemente su frente, el corazón latiéndole a mil mientras se le formaba un nudo en la garganta.

Vas a traerme un millón de problemas.

De repente, Stolas emitió un gemido, desperezándose. Lo miró.

Blitzø se quedó congelado.

Mierda.

